



Ediciones USTA prepara la publicación de la obra póstuma de fray José de Jesús Sedano González. Tiene como título *Santo Tomás de Aquino, el maestro*, y estará disponible para el público lector en el segundo semestre de 2019. En esta edición de *Sol de Aquino* presentamos el Prólogo, escrito por Fray Hernán Yesid Rivera, y un anticipo del libro, correspondiente al Prefacio. Sin duda, el libro está llamado a ser una referencia obligada para la historia intelectual de la orden dominicana y los estudios tomísticos en general.

Prólogo

Apreciado lector:

El libro que usted tiene ahora en sus manos posee un valor agregado y muy significativo para quienes conformamos la familia dominica en el país y la comunidad académica de la Universidad Santo Tomás. Este texto que usted, querido lector, ha adquirido, es un escrito póstumo, que contiene el trabajo intelectual de toda la vida, del gran ser humano, teólogo, pedagogo y maestro, fray José de Jesús Sedano González. Se trata, entonces, de su último manuscrito, que fue terminado de redactar nueve días antes de su partida a la casa de Dios Padre, y que él mismo tituló: *Santo Tomás de Aquino, el maestro*.

Con este libro, el padre Sedano quiso dejarnos su testamento intelectual, razón por la que se hace aún más significativo y merece ser leído. A pesar de los quebrantos de salud física del autor, él, con gran esfuerzo y dedicación, consagró sus últimos dos años de

su vida (desde 2016 al 21 de diciembre de 2018) a elaborar una síntesis de lo reflexionado en el ámbito humanista, filosófico, teológico y pedagógico. Esta síntesis está claramente consignada en este libro, como aporte para la vida intelectual y el proceso de madurez en la fe de sus lectores. De esta manera, la presente publicación obedece también al más profundo deseo del propio fray José de Jesús de que su legado intelectual fuese asumido y llevado a la reflexión por las presentes y futuras generaciones de frailes dominicos, de la familia dominica, así como por quienes integramos la comunidad académica de la Universidad Santo Tomás.

Todo cuanto el padre Sedano reflexionó en torno a Dios, el mundo y la realidad estaba fundamentado, principalmente, en la experiencia de la gracia y el amor de Dios que él tuvo en el transcurso de su vida. La experiencia de sentirse por completo amado por Dios puso un sello imborrable en lo más profundo de su existencia. Esto se podía percibir en él gracias al don de gentes y a la humanidad que lo caracterizaron. Además, fray José de Jesús fue una persona libre



“Genio y sensibilidad para la filosofía y la teología en sus máximas expresiones”.

para creer y para pensar, pues comprendió que tal libertad se la daba no otro ser humano sino Dios mismo.

Nacido en el municipio de Bolívar, en el departamento de Santander, este teólogo colombiano fue un gran promotor de la tradición filosófica y teológica dominico-tomista, particularmente en aquello que hace referencia a la analéctica de Tomás de Aquino. Ya en 1970, fray José de Jesús redactó un primer cuadernillo en el que expuso la necesidad de repensar a Santo Tomás de Aquino. El Aquinate fue para él motivo de inspiración y un método vivo para pensar y vivir latinoamericanamente y, por tanto, como él decía, liberacionalmente.

Esta intuición del padre Sedano tenía que ver con el contexto de las reflexiones que por aquel tiempo elaboraba la escuela dominica Le Saulchoir, mediante las cuales se hacía una crítica a la teología escolástica por sus posiciones exclusivamente intelectualistas y abstractas, así como en el ambiente de los estudios neotomistas europeos y el auge de la filosofía y teología latinoamericana de la liberación. Desde aquellos tiempos, el padre Sedano vio la necesidad y la pertinencia de una interpretación histórica del pensamiento de Tomás de Aquino como reacción a la lectura y comprensión atemporal de la teología y la filosofía neoescolásticas. Esta intención se fue haciendo evidente y desarrollando en sus diferentes escritos hasta llegar a la síntesis de su pensamiento, consignada precisamente en este escrito póstumo, que ahora se ha publicado.

Fiel a la línea metodológica del pensamiento del Aquinate, el padre Sedano hizo énfasis en la analéctica y en el modo en que el ser humano conoce y entiende. Según fray José de Jesús, el ser humano busca continuamente un lenguaje inteligible que le permita, por una parte, comunicar a otras personas la experiencia que hace de Dios, tanto a nivel personal como comunitario, y por otra, dar a conocer la comprensión que tiene del mundo y de la realidad. Este lenguaje que el ser humano utiliza no es único (unívoco), ni definitivo, ni mucho menos del todo subjetivo (equivoco), sino que es análogo. En otras palabras, no es expresión de todo, sino parte de aquello que él puede interpretar y expre-





sar sobre la acción salvadora y liberadora de Dios en el mundo, así como de aquello que percibe y entiende por realidad, teniendo en cuenta que en tal proceso de inteligibilidad el lenguaje que se utiliza para comunicar lo entendido tiende más a la desemejanza que a la semejanza.

Tal y como el lector podrá apreciar en este libro, uno de los aportes más importantes y significativos de fray José de Jesús es la recuperación y actualización de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, que incluye el diálogo con otras distintas disciplinas, y tiene en cuenta el contexto sociocultural e histórico desde donde se pretende hacer tal actualización, es decir, América Latina y el Caribe. Al mismo Sedano le gustaba señalar que así debían ser las cosas en lo que se refiere a las cuestiones teológicas de nuestro tiempo, pues, ni vivimos en el siglo I, ni en el siglo XIII, ni en el XVI, ni en Europa, ni en los Estados Unidos, para que tengamos que adoptar su realidad como nuestra. Como dice Sedano en estas páginas:

Cierto que somos intercomunicación que nos reta y nos enriquece. Pero vivimos aquí y ahora, en esta historia, con nuestro propio devenir y nuestra propia problemática, la de nuestros pueblos, hambrientos de liberación y de justicia en todo orden: económico, social, político, cultural, religioso, eclesial...

Estas palabras dan cuenta de uno de sus más grandes aportes intelectuales, pues, en efecto, él logró elaborar una síntesis de la doctrina de Santo Tomás y el propio contexto latinoamericano y caribeño, lo que está en total sintonía con las tareas y con los retos que se les presentan a la teología y a la Iglesia. En este sentido, a partir de su opción intelectual, fray José de Jesús veló por que sus reflexiones atendieran a los problemas y a la situación actual de la humanidad.

Por todo lo antes mencionado, es nuestro deseo, querido lector, que lo sintetizado y escrito por el padre Sedano sea un valioso aporte para sus inquietudes y pesquisas intelectuales. Asimismo, deseamos que en el contexto de la vida y comunidad académicas, quienes se interesan por la tradición dominico-tomista, trabajen de manera activa para que el pensamiento de Santo Tomás de Aquino pueda ser comprendido en toda su vitalidad, incluso fuera del ámbito institucional y académico. De esta manera, inspirados en el pensamiento humanista y cristiano del Aquinate, se estará promoviendo la formación y el desarrollo integral de las personas, de tal forma que ellas respondan a las exigencias de la vida humana y estén en condiciones de atender a los problemas y a las necesidades de nuestro planeta.

Hernán Yesid Rivera Roberto, O. P.
Teólogo dominico



Prefacio.

El secreto de su identidad magisterial

No me des las respuestas, enséñame a responder

“No me des las respuestas, enséñame a responder”. Calcado de otro muy socorrido adagio, usual en nuestros medios estudiantiles como una consigna, expresa muy bien el talante de la juventud en el proceso de aprendizaje o ante la urgencia de tomar las riendas de su propio destino, porque esta es su condición normal: el joven y el discípulo, antes, o a pesar del contagio conductista, son perpetuos signos de interrogación que confían en su propia capacidad de respuesta. Esta, a riesgo de su anulación o desperdicio, no puede quedarse en estado silvestre o en mera semilla yerbera que crece sin cultura, es decir, sin cultivo. Es preciso cultivarla de manera científica, así como suena la palabra: *scire faciens* (haciendo-saber), haciendo u obrando de tal manera que

él, el joven o el discípulo, llegue a saber, a saber preguntar y a saber responder, a saber preguntarse y a saber responderse.

Saber se trata, no solo de lo que se aprende por simple dictado ajeno, sino por sí mismo, porque nace del hondón original de su ser, aquilatado día a día, paso a paso, a golpe de experimentos y de tanteos, de tropiezos y desaciertos, de tinos y desatinos. Es un saber hecho de experiencia propia, al abrir brechas y recorrer su camino, a campo traviesa: *Met’ hodos, demetá* (más allá, a través), *hodos* (camino). No nos des las respuestas: enséñanos a responder. En el terreno de la praxis humana, y desde una perspectiva pedagógica, fue el tema de *Hacia una pedagogía de la repuesta* en sus diversas ediciones (Sedano, 1996, 2002, 2012).

Ahora quisiera abordarlo en el campo intelectual y desde la hermenéutica. Es el mismo Tomás de Aquino, quien, en tiempos presentes como pasados, se vuelve nuestro guía y, ante todo, nos revela su secreto, el de su identidad magisterial, su forma íntima de pensar y de actuar. Tomás de Aquino, en un ambiente plagado de las más diversas y contradictorias preguntas y respuestas, supo preguntar y preguntarse, responder y responderse, discerniendo y escuchando las grandes preguntas y las grandes respuestas de su tiempo.

Si se me permite tomar una expresión muy suya, Tomás de Aquino fue un nuevo *respondeo dicendum* a un *utrum* siempre nuevo: alguien que respondía de



manera personalísima a preguntas personalísimas o captadas personalmente en el ambiente social, eclesial y universitario. Tomás de Aquino fue una respuesta siempre renovada a preguntas siempre abiertas. Esa fue su vida. Ese su talante, su estilo intelectual, su actitud metódica primordial, que nos corresponde a nosotros hacerla praxis metodológica, es decir, buscarle caminos concretos de realización en nuestro contexto histórico. Actitud primordial, gracias a la cual Santo Tomás se mantuvo en permanente trance de creatividad e inventiva (*inventio*, como él la llamó), en contrapunto con la *inquisitio* (búsqueda o investigación), y la *disciplina* (aprendizaje discipular), que marca, según su visión, el derrotero hacia la verdad en todas sus dimensiones y aspectos.

No es extraño, por tanto, que todo fuera nuevo en Tomás de Aquino, como se solazaba en resaltar Guillermo de Tocco, su biógrafo y contemporáneo: “nuevos problemas, nuevo método, nuevos argumentos, nuevas razones, nuevo orden, nueva formulación, nueva presentación, inclusive, nueva inspiración divina” (1924, p. 28). Por eso, Tomás de Aquino es el maestro del saber preguntar y del saber responder en los diversos órdenes del saber y del obrar humano.

Lo importante desde esta perspectiva es acertar con nuestra pregunta y con nuestra respuesta, sobre todo con las preguntas y respuestas forjadoras desde nuestra vocación y desde nuestro destino en este

mundo en el que ya estamos embarcados. La pregunta de Tomás de Aquino, “¿Quién es Dios o qué es Dios?”, se clavó en su espíritu desde niño, obsesionado por la búsqueda de la verdad, dedicó toda su existencia a tratar de responderla. Fue un teólogo y, de sesgo, un filósofo del sentido de nuestra vida. Si Tomás de Aquino es el maestro, es debido a que desde su teología y con su testimonio, ejemplo y método nos enseña a preguntarnos y a respondernos, más allá de las preguntas y respuestas adquiridas, incluso aquellas a las que él mismo nos dio acceso.

Se trata, entonces, de preguntar y responder por nosotros mismos, por convicción propia y por amor, liberándonos día a día de toda imposición y de todo apego, de bloqueos y enajenantes de nuestra primigenia capacidad de pregunta y de respuesta. Nada más ajeno al magisterio de Tomás de Aquino que el *magister dixit*, así fuere el mismo maestro Tomás de Aquino. O, si se quiere, es el maestro que nos dice esta fundamental consigna:

Sé tú mismo: vuelve siempre al hontanar de tu vida para más vida, núcleo de tu capacidad de convicción personal y de tu amor; de tu convicción personal, presidida y fomentada por tu amor. Donde hay amor, genuino amor, allí está la libertad. Todo cuanto haces por amor, libremente lo haces, porque



por ti mismo lo haces. Y con más radicalidad, cuando el Espíritu Santo que, por gracia de Dios, habita en ti; y de tal modo obra en ti, que te capacita para obrar por ti mismo al infundir en ti ese hábito o disposición que llamamos caridad: virtud tan omnipresente en ti que abarca todas tus capacidades de alma y cuerpo para ponerlas bajo su dirección; tan dinámica que todo cuanto obras por amor lo realizas “prontamente, fácilmente, deleitablemente”; tan arraigada en tu misma capacidad de amar que todas las obras que de ella broten son tuyas y, por serlo, que son libres y meritorias, como son pura gracia de Dios. (Aquino, 1, II.II, q. 23, art. 2c.).

En definitiva, “donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad”

Esta cita de la Biblia (2 Co, 3, 17), o como nos decía nuestro formador fray Gabriel María Blanchet, “La libertad entra en tu vida con el rostro del amor”, es una consigna fraguada en la teología de Santo Tomás de Aquino:

Libre es quien obra por sí mismo; siervo quien es movido por su amo. Por tanto quien obra por sí mismo, libremente obra. Quien es movido a obrar por otro, no obra libremente. Hasta tal punto que quien evita el mal, no porque es mal, sino porque está mandado, incluso mandado por el Señor, no es libre; pero quien evita el mal, por ser mal, ese es verdaderamente libre. Precisamente es esto lo que realiza en nosotros el Espíritu Santo quien de tal modo perfecciona nuestra mente disponiéndola interiormente, desde el amor como un buen hábito, como si nos lo mandara la ley divina. Por ello se dice que libre es quien, gracias a una buena disposición, se inclina a obrar lo que la ley divina manda. (Aquino, 2, 2 Co, cap. III, lect. III, p. 436; Aquino, 3, cap. V, lect. III, p. 587).

Ciertamente, quien obra bien o evita el mal cumple, según el caso, con la Ley divina o con la ley humana y, consecuentemente, en ello experimenta cierta complacencia y tranquilidad de consciencia. Con ello puede llegar a dar buen testimonio y ejemplo y, en contraprestación, evita el castigo; es decir, las consecuencias de una falla o de un pecado. Pero quien obra exclusivamente por la complacencia legalista de cumplir la ley, incluso la divina, por buscar su propio interés y complacencia, para aparecer ante los demás como al-



“En sus últimos días, no cesó en su esfuerzo por completar su obra”.



guien ejemplar y edificante o por miedo al castigo, no es libre, ni menos obra por amor; o mejor, no es libre porque no obra por amor: queda esclavizado y enajenado en su propia autorreferencia, virus que erosiona toda auténtica relación con Dios y con nuestros hermanos. Esto también nos lleva a pensar que se actúa como un infante en lugar de como un adulto: “cuando era niño: hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; pero, al hacerme adulto, dejé las cosas de niño”. Y como adulto redimido, el amor de niño, el amor de caridad, se ve infundido por gracia del Espíritu de auténtica adultez, y así supera todo legalismo, miedo y complacencia o provecho personal. Esta es la auténtica adultez, porque, llegado a la madurez cronológica, hasta gloriarse se puede de los propios éxitos y carismas, pero, ¡decepcionante!, “si no tengo amor, yo nada soy”. Es la moral evangélica, cuyo núcleo fundamental es el amor, amor agápico, amor que no busca su propio interés, tanto en nuestras relaciones interhumanas como en nuestra relación con Dios.

La pedagogía de Dios

Esta fundamental actitud metódica de Tomás de Aquino, centrada en la promoción de la propia e intransferible respuesta por amor y convicción en la búsqueda de la verdad en sus diversas dimensiones, no es un añadido extraño o una rueda suelta de su

teología ni de su antropología. Su Logos, su discurso sobre Dios y sobre el hombre, está vitalmente estructurado por la idea-fuerza de que “Dios crea las cosas no solo para que existan sino para que sean realmente causas” (Aquino, 4, III, c. 70; I, q. 105, art. 6c.; 1925, q. 11, art. 1; 6, q. 4, art. 4).

Referido a nosotros, significa que Dios, por su poder creador, redentor o santificador, no solo hace que seamos, sin más, efectos pasivos, sino que además nos permite ser verdaderamente causas, principios activos, dinamismos de acción en acción: nuestro vivir es movernos, nosotros mismos, por nosotros mismos, dueños de nuestros propios actos, para llegar a nuestra perfección, a nuestra plena realización, es decir, a la actuación de todo nuestro riquísimo y complejo potencial que, por lo demás, es un regalo de Dios (Aquino, 1, I-II, q. 1, ss. *et passim*). Somos don, todo lo que somos nos llega de Dios como un regalo. Somos tarea, todo depende de nuestro empeño y de nuestro trabajo. Somos un dinamismo activo, y nuestro destino, por exigencia, a impulso de la gracia de Dios y de nuestra estructura nativa, es dar salida a nuestro potencial para realizarnos plenamente, tal como somos, dotados por la gracia y por la naturaleza.

La gracia de Dios —Dios mismo cuya presencia en nosotros y con nosotros es la primera gracia— no suplente nuestro trabajo ni se nos brinda para tapar los huecos dejados por nuestra desidia, tampoco para imponernos una respuesta ya hecha y prefabricada; al contra-



rio, realiza esto de manera peculiar o, si se quiere, paradójica: potencia y promueve nuestra capacidad para que obremos autónomamente; potencia y promueve nuestra capacidad de autorrealizarnos, nuestra capacidad individual de responder por nosotros mismos, sin adherencias umbilicales a nadie, ni a nuestros progenitores ni a nuestros educadores, ni siquiera a Dios mismo. Unidos, sí, a Dios, pero de forma desinteresada. Es una sencilla exigencia de crecimiento, de liberación y de madurez, plantada, precisamente, por la acción de Dios en el centro mismo de nuestro ser vital. Por su parte, Dios nos respeta y promueve nuestra autonomía, respetando y promoviendo su designio, y viceversa, respeta y promueve su designio, respetando y promoviendo nuestra autonomía. Y todo ello porque quiere de nosotros, respecto de Él, no una relación de esclavos, ni de niñitos consentidos que quieren todo a pedir de boca, ni de pordioseros pedigüeños movidos siempre por el interés, ni de individuos obsesionados por la culpa o el castigo, sino una relación de personas libres y maduras por convicción y por amor; una comunión, en definitiva, autónoma, gratuita y desinteresada.

La pedagogía humana es, en términos sencillos, una colaboración a la pedagogía de Dios que promueve de modo integral el dinamismo de nuestra autorrealización humana para que tomemos, solo nosotros, las riendas de nuestro propio destino. Así es como la tarea de la presencia del magis-

terio o de la autoridad, al igual que la tarea de la presencia de Dios, no es solo permitir que el hombre exista, sino que sea en realidad causa consistente y creativa, forjadora de su propia historia. Llevar al discípulo en camino de plenitud, indicarles su propio camino de autoafirmación, es darle a Dios su gloria plena. Y, de contrapartida, reducir o bloquear este proceso autoafirmativo es reducir y bloquear el plan y la acción de Dios: “Cualquiera que va en detrimento de la perfección de las criaturas, va en detrimento de la perfección del poder de Dios” (Aguiles, 4, III, 69, *amplius*).

Gloria Dei, vivens homo

Esta sentencia lapidaria de San Ireneo (*Gloria Dei vivens homo*) podría ser la divisa del humanismo tomista. Un humanismo que, brotado de la entraña misma de su teología, es un imperativo que surge de la presencia y de la acción de Dios en nuestra historia. Este humanismo, que fue fundamental en el magisterio de Tomás de Aquino, fue a su vez ante los ojos de sus adversarios tan escandaloso que lo tomaron como base del proceso para enjuiciarlo como hereje. Para esos pseudoespirituales, acostumbrados a sentir asco por lo humano y lo temporal, herejía era la glorificación humana como condición o como consecuencia de la exaltación divina.



Cierta mentalidad de cuño gnóstico, que pervive en nuestras costumbres cristianas, además, parecería apoyarlos: Dios se haría presente en el vacío que va dejando el hombre, por la inercia de su dejadez o a fuerza de renunciaciones y sacrificios, ícomo si la presencia y la acción de Dios se nutrieran de la muerte y de los despojos de la acción del hombre en el mundo! La destrucción del hombre sería así la glorificación de Dios: *¡Gloria Dei, moriens homo!* Habrase visto tamaña desfiguración del Evangelio de Cristo que vino, él mismo nos lo dijo, a darnos vida, y vida en abundancia (Jn 10, 10). Se comprende entonces por qué Tomás de Aquino arriesgó su prestigio como teólogo y maestro, por defender valientemente su respuesta a estos atrevidos interrogantes: si Dios salva por sí mismo, ¿para qué la salvación o la acción humana? Si el hombre se autosalva, ¿para qué sería necesaria la presencia y la acción de Dios en nuestra historia? O, en términos más cercanos: ¿para qué el cielo si la tierra es lo que me interesa?, ¿para qué la tierra si es el cielo al que aspiramos?

Por paradójico que parezca, la trascendencia o, si se quiere, la sobrenaturalidad de la presencia de Dios es la razón de la libertad del hombre y de su presencia activa en la historia humana; y por contrapartida la presencia activa y libre del hombre garantiza y defiende la gratuidad de Dios, porque, entonces, por una parte, Dios ya no será a quien acudimos de manera segura, recurrente y que siempre está a la mano,

para salvar nuestras insuficiencias y fracasos, sino un llamado acuciante a poner en movimiento nuestro dinamismo. Por otra parte, nuestro dinamismo humano se convierte en el signo de la presencia de Dios y de su acción en nuestro mundo: cuanto mejor y más profunda realización humana, mayor y más patente manifestación testimonial de la presencia de Dios en nosotros y entre nosotros, y viceversa, cuanto mayor y más patente manifestación de la gratuita presencia de Dios en nosotros y entre nosotros, mejor y más profunda es la realización de nuestro dinamismo humano.

Las mismas cosas materiales participan de esta ley de correlación: en contravía con los pietismos idealistas de su tiempo, que difuminaban y volatilizaban el realismo y el poder de los elementos materiales como signos de la gracia divina, Santo Tomás pudo afirmar que, cuanto más verídica y patente fuese su materialidad (diríamos, mientras el pan sea verdaderamente pan o el agua sea verdaderamente agua), más perfecta sería su aptitud sacramental de significar y hacer evidente la acción santificadora de Dios y de su gracia. Es una simple exigencia que se convierte en vivencia en el sacramento, del realismo salvífico del Verbo, en condición integral humana y del consecuente realismo de la antropología cristológica, diluidos por un gnosticismo práctico que se ha instalado de manera subrepticia en nuestras costumbres litúrgicas (Aquino, I, I, q. 1 arts. 9-10; I, q. 13, arts. 1 y ss.; III, q. 60, art. 4; Chenu, 1967, pp. 159-177).



En la misma línea, una mayor y más perfecta realización humana tanto personal como en comunidad no aleja ni anula la presencia salvadora de Dios, ni la eficacia de la presencia de Dios en nuestro mundo paraliza la libertad y la consistencia de la realización humana, al contrario, la potencia y la promueve. En la misma perspectiva, el misterio cristiano no desparece ante los reclamos de la sabiduría humana, ni la sabiduría humana tiene por qué abdicar de sus derechos ante la irrupción de la revelación de Dios en la historia humana. Sucede lo opuesto: la revelación divina ubica en el sitio que les corresponde la razón y sus procedimientos como agente histórico de las conquistas y de los progresos de la cultura y de la civilización. Ello sucede porque lo divino asume lo humano, afirmando y dinamizando su humanidad, no obstaculizándola ni anulándola.

Y la Palabra se hizo carne

Llegamos así a la clave del método tomista. La relación entre Dios y el hombre, entre lo natural y lo sobrenatural, entre la historia de la salvación y la historia humana es una relación de encarnación que, como la del Verbo hecho carne (Jn 1, 15), es una encarnación sin confusión ni separación. Sin separación, porque es una comunión real: cuanto mayor y más intensa es la presencia de lo divino en lo humano, mayor y más per-

fecto es lo humano. Y es sin confusión, porque, cuanto más se respete y se promueva la distinción o singularidad de cada uno de los términos de la relación, mayor es la consistencia del uno y del otro, por tanto, mayor es su respectiva autoafirmación, aquella que lo identifica y le da autonomía. Además, si se tiene una mayor autoafirmación y autonomía, mayor y más auténtica e intensa es la capacidad de comunión con lo divino, por una parte, y por otra, más aptitud y transparencia hay para expresar y revelar la presencia divina en la historia humana.

La presencia de Dios en nuestro mundo ha sido y es una presencia de encarnación que en Jesús de Nazaret llegó a su punto culminante. Y después de Cristo, y por el don de su Espíritu, continúa como modelo de su presencia: una presencia encarnada, encarnada en nuestra historia y en la historia de nuestra carne. Gracias a ello, toda la historia de nuestra salvación se mueve y avanza hacia la recapitulación consumada y definitiva: una definitiva y consumada encarnación en la que Dios será todo en todos.

Desde esta perspectiva, en ese estilo y modo de hacer, se construye la teología de Tomás de Aquino, al igual que su estilo propio de enfocar toda la realidad y de obrar en consecuencia. Podríamos decir que la *Suma teológica* de Tomás de Aquino es una cristología de la encarnación aplicada. Expresión válida en el sentido de ser una cristología que, aunque tratada de modo explícito como exigencia del *ordo disciplinae*



en la tercera parte, ya está presente en la primera y segunda parte como paradigma de interpretación. Y como todo paradigma hermenéutico, obra de manera implícita al ritmo de trabajo, sin tener que recurrir siempre, de manera patente y repetitiva, a su prototipo o modelo primordial.

Dios actúa siempre encarnadamente. Siempre. Antes de Cristo, en Cristo, después de Cristo y a partir de Cristo. De este comportamiento que parte de la encarnación de Dios, calca Tomás de Aquino su comportamiento epistemológico e interpretativo. El secreto reside en captar esta coordenada fundamental de la encarnación prototipo, de la Palabra hecha carne: distinción y unión. Distinción, pues, a modo de ruptura epistemológica, da a cada término de la relación su consistencia y su singularidad, su profundidad y autonomía propias; y unión, en este caso, quiere decir interrelación o comunión entre las distintas realidades sin separación y sin confusión.

Es este el régimen de encarnación que se convierte desde la epistemología en una actitud metódica fundamental para presentar, interpretando, realidades relacionadas entre sí tanto en el terreno de la inteligencia de la fe como en el terreno de la inteligencia del sentido racional de la vida. Y este paradigma de encarnación canaliza la analogía como procedimiento metodológico, es decir, como analéctica, en el que se distingue para unir. Respetar la distinción por su

misma singularidad, para la comunión, sin confusión ni separación.

Es este *ethos* de encarnación, el *ethos* de Tomás de Aquino, una “disposición permanente”, como diría él, de la que, ante los requerimientos del obrar o del saber en nuestro mundo, brota “prontamente, fácilmente, gozosamente”: toda una actitud orientadora de nuestra vida que, en el orden de la praxis, se convierte en un estilo peculiar de ver, juzgar y actuar; y en el orden intelectual, se hace paradigma de interpretación de la realidad, de toda realidad y de toda la realidad. Y, además, constituye la instancia comprensiva y crítica necesaria para leer a Santo Tomás.

Evangelismo de los predicadores y el pensamiento tomista

Ciertamente, la clave de la encarnación no es exclusiva de Tomás de Aquino. Él mismo la aprendió del evangelismo del siglo XIII, ese movimiento de renovación de la Iglesia caracterizado por el retorno al Evangelio y su inserción en el nuevo orden, el comunal o corporativo, que, rechazando la mentalidad feudal y su sistema, se afianzaba cada vez más en la sociedad del siglo XIII. Más concretamente, Tomás de Aquino se nutrió del estilo de encarnación de una comunidad nueva, la fundada por Domingo de Guzmán, fruto



maduro del evangelismo medieval, cuya vocación y teología parten de una misma opción y de una misma inspiración: “Y es porque el evangelismo engendra no solamente una institución sino también, homogénea a la institución, una doctrina; o mejor, ‘una nueva manera de pensar, de razonar, de fundar la teología, y de explicitar la religión’ (Daniel Rops)” (Chenu, 1967). Santo Tomás, el teólogo, es hijo de Domingo, el predicador. Y los predicadores sin Tomás de Aquino son impensables.

Ruptura y presencia, la paradoja del cristiano en el mundo, de su presencia divina en toda realidad humana, desde la más carnal hasta la más espiritual, que compromete su destino no solo con el plan de la acción individual y colectiva, sino que prolonga también su opción, según la lógica total de la encarnación y del espíritu, a la cultura de la inteligencia.

Estos evangélicos son los más comprometidos en la civilización de su tiempo, asumen como suyos diversos problemas, desde los de las ciudades lombardas, por ejemplo, que luchan por conquistar su carta de libertad, con la orientación de los mendicantes, hasta los que genera en el creyente el descubrimiento embriagador de la razón griega, la que luego la teología asume y promueve. Así es como la gracia devuelve la naturaleza a su propia consistencia, y la lleva a su pleno desarrollo en las comunidades como en las personas, en la acción como en la contemplación: es esta

la paradoja evangélica, y esta es, en su misma formulación, la doctrina de Santo Tomás.

De este modo, la fe afirma y reafirma la razón humana en su propia consistencia tanto en su terreno como en el de la inteligencia de la fe. Una teología es evangélica en cuanto respeta o, mejor, cuando ella confiere a la razón, a sus métodos y a sus objetos el valor que les corresponde, y viceversa, esto mismo garantiza, en la libertad de la fe, la trascendencia de la Palabra de Dios.

Por otra parte, “es haciendo verdaderamente filosofía como una filosofía llega a ser más cristiana” (Gilson). Y solo una civilización podrá calificarse de verdad como cristiana cuando sea mejor y más humana en la ciudad de los hombres. Desde la perspectiva evangélica, la ruptura únicamente se da para hacer la distinción necesaria durante la comunión. “La vocación evangélica de fray Tomás de Aquino está en el origen mismo de su teología” (Chenu, 1959c).

Volcados a la realidad de nuestro mundo

Me interesaba resaltar la fuente y el espíritu del método tomista, porque, sacado de su hábitat mental y de la vida que lo nutre, podría quedar convertido en un esqueleto o en una momia de museo o, en el mejor de los casos, en un manual de procedimientos,



árido, seco, desvitalizado. Todo lo contrario, el método de Tomás de Aquino es una actitud vital, un estilo de vida intelectual, en primer lugar y originariamente, en el mismo Tomás de Aquino, y como tal un método que se vive, siempre abierto a la creatividad para enfrentarse a la realidad, a toda realidad, a toda la realidad que, como nos lo enseña de manera insistente el maestro Tomás, es el principio y el hontanar de todo conocimiento.

La verdad no se dicta, la verdad se busca y se encuentra allí, donde está, en la realidad de las cosas y en la realidad de las personas, en la realidad de nuestro mundo, hecha historia, en la realidad de hoy a la que tenemos que enfrentarnos. Y para ello Tomás es nuestro maestro, que no se contenta con llenar nuestra imaginación discipular con informaciones y conocimientos (así sean las famosas veinticuatro tesis tomistas), sino que estimula y promueve nuestra vida y nuestro intelecto, para que nosotros respondamos por nosotros mismos, enfrentándonos a la realidad: “Porque no consiste la perfección de mi entendimiento en saber qué deseas o qué piensas, sino en escrutar cómo es la realidad de las cosas” (Aquino, 1, I, q. 107, art. 2c), Aquí, en nuestra realidad, la que vivimos o desvivimos, la realidad de nuestra Colombia y de nuestra América, de nuestro pueblo y de nuestro mundo, donde estamos plantados y donde tenemos que ejercer nuestra misión. Yo, tú, ella, él, todos nosotros, en la misma búsqueda, toda

una *ecclesia quaerens intellectum*, comunidad unida en la misma fe, en la misma esperanza, en el mismo amor, siempre en busca de la inteligencia.

¡Qué le vamos a hacer! No vivimos en el siglo I, ni en el siglo XIII, ni en el XVI, ni en Europa, ni en los Estados Unidos, para que tengamos que adoptar su realidad como nuestra. Ciertamente que somos intercomunicación que nos reta y nos enriquece, pero vivimos aquí y ahora, en esta historia, con nuestro propio devenir y nuestros propios problemas, los de nuestros pueblos, hambrientos de liberación y de justicia en todo orden: económico, social, político, cultural, religioso, eclesial, etc.

Atrevámonos a enfrentarnos a la realidad nuestra, a escuchar las preguntas y los clamores que a manera de reto nos propone nuestro pueblo, para discernir nuestra respuesta, una respuesta comprometida con la situación, si no desertamos de nuestra misión en nuestra Colombia y en nuestra América. Y a problemas nuevos, respuestas nuevas, como lo hizo en su tiempo, para su tiempo, Tomás de Aquino, quien también para el tiempo actual puede darnos pistas esclarecedoras con sus intuiciones teológicas y metodológicas.

En nuestra Facultad de Teología, tenemos la oportunidad de entrar en comunión con la vida y la obra de Santo Tomás de Aquino. Es él, Tomás de Aquino, un teólogo medieval, quien te lanza a los tiempos actuales a forjar tu propia respuesta, tu filosofía, tu pra-



xis comprometida o tu “fe buscadora de inteligencia”, y te enseña a no contentarte con conclusiones desfasadas, tuyas o ajenas, sino a estar en continuo trance de apertura e inventiva por los caminos del mundo de hoy, para discernir en ellos la presencia de Dios, siempre nueva y sorprendente.

Comportarnos, según el tomismo, enfrentarnos desde el tomismo a la realidad, nuestra realidad, la realidad de nuestro mundo: por ahí va nuestro tomismo. Y ya podemos intuir hacia dónde han de ir nuestras preguntas y nuestras respuestas: en sentido de la encarnación y en sentido analéctico, en una búsqueda continua de la verdad, allí donde se encuentra, allí donde está Dios: en la carne de nuestra historia y en la historia de nuestra carne. A vino nuevo, odres nuevos.

Propósito

A ello precisamente han tendido los ensayos *Analéctica tomasiana* y *El método teológico de Tomás de Aquino*, para servir de inducción a su pensamiento, y según el diálogo o, si fuere posible, en seminarios, ir creando un ambiente y talante tomisista. ¿Qué produce esto de peculiar? Estructurar tu mente, tu espíritu y tu vida intelectual para ver, juzgar y actuar encarnada y analécticamente.

Por paradójico que parezca, es él, Tomás de Aquino, un teólogo del siglo XIII, quien te lanza a los tiempos actuales a forjar tu propio proyecto y pensamiento, a hacer tu teología, tu filosofía o tu praxis comprometida. Te enseña a no contentarte con conclusiones ya adquiridas, tuyas o ajenas, sino a estar en continuo trance de apertura e inventiva por los caminos del mundo de hoy; de manera más decidida y situacional, por las rutas de la liberación de América Latina, con su nuevo estilo de vivir e interpretar la fe en Cristo Jesús, con su pastoral liberadora, su espiritualidad liberadora y su teología liberadora, si todo ello es lo que te exige tu *ethos* de encarnación y analéctico.

Tomás de Aquino ha sido y es, para mí (perdón por la confidencia), un método vivo para pensar y vivir de modo latinoamericano y, por lo pronto, de modo liberacional. Y de seguro que no se detiene ahí el proceso porque tu actitud de encarnación y analéctica te pone siempre en el camino del peregrino, siempre adelante, enfrentado a preguntas y respuestas nuevas, a la búsqueda de la verdad, de la verdad de tu vida y de tu historia, la historia de tu mundo.

Como colofón, presentamos al final la carta *Lumen ecclesiae* del papa Pablo VI al maestro de la Orden de Predicadores, fray Vicente de Couesnongle, que ambienta muy acertadamente el pensamiento teológico y humanista de Santo Tomás en la historia del siglo XIII y su proyección para la actualidad.

